
REZAGOS Y SOMBRAS DE LA POLITICA COMERCIAL

David Ibarra
31 de julio de 2003

El comercio mundial ha cambiado de naturaleza desde los planteamientos de Adam Smith y David Ricardo con sus soluciones óptimas y únicas. Los rendimientos decrecientes, propios de la agricultura, en vez de la regla general, son cada vez más la excepción. Hoy, las ventajas comparativas dependen menos de la dotación de recursos naturales y mucho más de la tecnología y de la producción que la voluntad de los países decida impulsar.

Tales hechos, junto a la existencia predominante de economías de escala y de sinergias de la amplitud y diversidad de las acciones, abren la puerta a soluciones múltiples, no únicas, en la especialización de los países en el comercio internacional. En igual sentido la competencia ya no tiene lugar en un mundo de pequeños oferentes, donde los costos e inversiones de entrada son reducidos. Por el contrario, las exigencias para iniciar un negocio en términos de capitales humanos, físicos y de organización suelen ser enormes, como es fácil comprobar en industrias como las de telecomunicaciones, aeronáutica o electrónica. En consecuencia, la competencia mundial es oligopolística, entre grandes consorcios. Además, una fracción creciente del intercambio no se lleva a cabo a través de transacciones de mercado, sino por decisiones jerárquicas entre filiales y matrices de las propias empresas transnacionales.

El análisis de esos fenómenos lleva a conclusiones inescapables por más que contraríen las tesis económicas en boga o las del nacionalismo político. Los sistemas económicos de los países son cada día más interdependientes, siguiendo modelos económicos y estructuras institucionales convergentes. El intercambio mundial más dinámico, no resulta del juego de la competencia, sino de las estrategias de los grandes consorcios transnacionales. Por último, el poder de los gobiernos se comparte con

poderosos actores privados, con quienes los países en desarrollo quedan obligados a interactuar para que sus políticas resulten en algún grado eficaces.

Con harta frecuencia las estrategias nacionales no incorporan las implicaciones de esas mudanzas de la economía internacional. La conducción de la política comercial y la de inversiones extranjeras siguen fieles a nociones del pasado, como si el mercado todo lo abarcara y todo lo resolviera y como si las grandes empresas transnacionales no estuviesen presentes ni existiesen preferencias dentro de las grandes zonas de integración.

En consecuencia, el comercio y las inversiones internacionales de hoy no siempre eleva el bienestar mundial, con frecuencia benefician a unos en perjuicio de otros. De otro lado, traen consigo cesión de soberanía económica que violenta escrúpulos nacionalistas todavía vigentes. Con todo, ese es el mundo real que habrán de vivir y al cual han de adaptarse nuestros países.

Con la apertura, el intercambio exterior mexicano ha crecido explosivamente. Entre 1993 y 2002, las exportaciones de bienes se triplican. A su vez, las importaciones ascienden más de dos veces y media. Con todo, el estrangulamiento externo, fuente de críticas a la sustitución de importaciones, lejos de resolverse tiende a perpetuarse. Después de la devaluación de 1995, el déficit de cuenta corriente --que incorpora pagos de intereses y dividendos--, vuelve a cobrar fuerza hasta alcanzar 18 mil millones de dólares, en 2001 y 14 mil millones el año siguiente a pesar de los efectos correctores del receso económico.

Nuestros males nacen de las contradicciones entre el manejo macroeconómico, centrado en la estabilidad de precios y la política de adaptación productiva a la apertura externa. La sobrevaluación cambiaria y el sostenimiento de altas tasas reales de interés, elevan los costos de la producción, constriñen la competitividad, a la vez de contribuir a la destrucción de los encadenamientos interindustriales.

También, influye el irrealismo o la pasividad de las políticas expresadas en la ausencia de programas de reconversión productiva, en el desmantelamiento de las instituciones y bancos de desarrollo, o en la renuncia a usar muchos de los instrumentos de la acción estatal. Esos hechos, sitúan en desventaja a los productores nacionales e insertan de modo imperfecto al país en los mercados internacionales.

Ya se observa deterioro o pérdida de dinamismo en las principales actividades vinculadas al intercambio exterior que van más allá de los efectos del receso norteamericano reciente. La agricultura y la pesca registran déficit (1.6 mil millones de dólares en 2002). En el caso de las manufacturas se advierte una situación grave. Los déficit comerciales se sitúan en 17 mil millones de dólares (2002). Más aún, si se deduce el efecto compensador de la maquila, esos desequilibrios exceden los 36 mil millones. Además, las ventas de las maquiladoras, la electrónica y la industria automotriz decaen ante la competencia de otros países. Aquí la forma y los tiempos de hacer la apertura externa, sin duda, han creado oportunidades exportadoras, pero al mismo tiempo provocan que la industria nacional abastezca proporciones decrecientes del mercado interno e impidan al sector exportador convertirse en verdadero motor de la economía.

Por lo que se refiere a las industrias extractivas, la mayoría de las exportaciones, están estancadas o declinan si se toma como referencia a 1993. Las ventas foráneas de petróleo, en medio de grandes oscilaciones de precios en los mercados internacionales, siguen constituyendo un rubro significativo del comercio foráneo. Los servicios, principalmente turismo y transporte, relatan una historia desfavorable: los saldos negativos ascienden sin pausa desde 1996 hasta alcanzar un déficit de 4 mil millones de dólares (2002).

Visto el intercambio de bienes por zonas geográficas se encuentran sorpresas que ponen de relieve aciertos y graves debilidades de la política comercial del país. En 2002, el déficit total en la balanza de bienes ascendió a 8 mil millones de dólares. Las transacciones con los Estados Unidos y Canadá arrojan un superávit de casi 35 mil millones de dólares. Pero esos excedentes se disipan en el comercio con la Unión Europea, Japón, China y los tigres asiáticos que arrojó un déficit mayúsculo de 43 mil millones de dólares en 2002. México se ha convertido en consumidor importante de productos fabricados en el exterior y, sobre todo, no retiene, sino transfiere al mundo los impulsos de la pujanza de los mercados de América del Norte.

La experiencia mexicana contradice el supuesto de que la simple libertad comercial basta para alcanzar una inserción sana en los mercados globalizados. La corrección de las vulnerabilidades externas hacen indispensable abandonar el irrealismo y la pasividad de las políticas comerciales e industriales y, a la par, encauzar la inversión extranjera a elevar los valores agregados y la competitividad de las exportaciones, en vez de permitir se vuelque a la simple adquisición de las mejores empresas nacionales.